

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

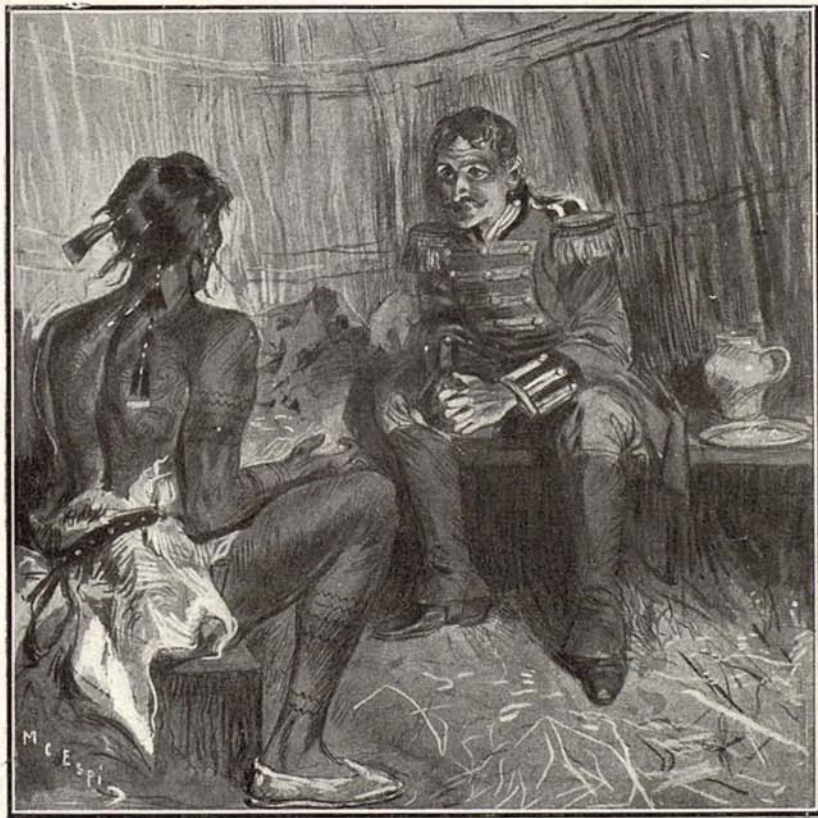


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III

MADRID, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1908

NÚMERO 36



NOBLEZA POR NOBLEZA

Durante la guerra que los ingleses, en otro tiempo poseedores de los Estados Unidos, hicieron á los salvajes de aquella región, un destacamento inglés cayó prisionero en manos de una cuadrilla de abenakis.

Los soldados ingleses sufrieron todos los horrores del cautiverio, y fueron víctimas de los más crueles tormentos.

Los salvajes los obligaban á subir descalzos á la copa de unos árboles altísimos, cuyo tronco es completamente liso y resbaladizo, lo que les dificultaba la subida, ó, mejor dicho, se la hacía imposible. Cada vez que se escurrían, castigaban su torpeza con un látigo. A otros los obligaban á dormir con la cabeza en el suelo y los pies atados á un alto poste. A los oficiales, al principio los respetaban para ganarse su confianza y que descubrieran el plan de ataque de los ingleses; pero una vez convencidos de que no conseguirían sacarlos de su obstinado silencio, los quemaban á fuego lento.

Con este dulce procedimiento se explica que á los dos meses no quedara vivo más que un oficial del desgraciado destacamento, y éste escapó de una muerte segura porque le hizo prisionero un viejo abenaki, que sintió desde el primer momento gran simpatía hacia él.

Se lo llevó á su choza mientras duraron las lluvias, y le enseñó todas las artes de sus compatriotas, que consistían en construir canoas con la corteza de los árboles, tallar en madera grotescas figurillas, manejar con destreza el machete y la flecha, y cazar en la selva.

Mr. Greit, el afortunado oficial, se consideraba casi feliz al lado de aquel viejecito, que le colmaba de atenciones y le procuraba todas las comodidades que estaban á su alcance.

Pasados los meses de invierno, cuando cesaron las lluvias y llegó la primavera con todos sus encantos, se acabó la tranquilidad del prisionero, porque los abenakis empezaron la guerra con más furor y mejor armamento.

El viejo abenaki se puso al frente de sus compatriotas, llevando como ayudante á Mr. Greit, que iba dispuesto á dejarse matar antes que disparar su fusil contra las tropas inglesas.

Cuando llegaron al campo enemigo, el jefe de los salvajes hizo alto, y, dirigiéndose á su prisionero, exclamó con voz solemne, señalando al Ejército británico, acampado á corta distancia:

—Ahí tienes á tus hermanos. Ya sabes cómo te he tratado yo. ¿Quieres volver con ellos para combatirnos?

El oficial inglés respondió con firmeza:

—Jamás verteré la sangre de un abenaki; pero no me obliguéis á hacer la guerra á Inglaterra.

Entonces, muy emocionado, dijo el abenaki al oficial:

—Yo he tenido un hijo, joven como tú, que ha muerto con el corazón atravesado por una bala enemiga. ¿Tú tendrás padre?

—Sí, tan anciano como tú, que pedirá constantemente á Dios que le conserve la vida hasta que yo vuelva para morir entre mis brazos.

El salvaje se volvió hacia Oriente, y, mirando al sol que empezaba á salir, dijo:

—¿Ves ese hermoso cielo? ¿Te gusta contemplarlo?

—Sí, me encanta.

—¡Ay, mi pobre hijo no lo contemplará ya! ¿Te gusta ese nopal?

—Ya lo creo, es magnífico.

—A mí me entristece mirarlo, porque mi hijo ya no disfruta de su sombra, ni aspira el aroma de sus flores, ni saborea sus deliciosos frutos—y añadió, anegado en lágrimas:—Márchate, ve á endulzar los últimos días de tu padre.

Mr. Greit abrazó al noble abenaki, y, levantando con la mano derecha el hacha que llevaba en la cintura, la dejó caer con destreza sobre la izquierda, que rodó ensangrentada por el suelo.

Los abenakis le rodearon llenos de admiración, envolviéndole el mutilado brazo en unas hojas verdes y frescas que cicatrizan las heridas en pocas horas.

El oficial inglés, después de colocar el brazo en un pañuelo pendiente de su cuello, desenvainó la espada, y dijo con voz casi imperceptible:

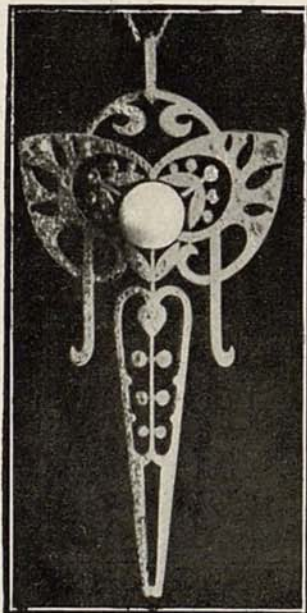
—Dios quiera que la paz se haga; pero si la guerra prosigue, yo no os combatiré sin ser traidor á mi patria.

MARÍA DE PERALES.



LAS PERLAS

La perla parece ser el resultado de una enfermedad de la concha en donde aquella se forma; la entrada en esa concha de un cuerpo extraño hace que se produzca una sección, la cual se va depositando sobre él en capas concéntricas. Así, que las perlas son un producto calcáreo, duro, brillante, de forma variable, cuya naturaleza es semejante á la de las conchas, estando compuestas de carbonato de cal y de algo de materia orgánica; tienen las mismas condiciones del nácar.



PERLA MONTADA EN UNA JOYA

Muchas clases de conchas pueden dar perlas, pero sólo son estimadas las que tienen un *oriente* y unas *aguas* perfectas. Se llama *oriente* al reflejo tan vivo, y tan suave al mismo tiempo, que resulta de la combinación del brillo del nácar por causa de la forma curva que la perla tiene; y se conoce con el nombre de *aguas* la pureza de su color.

Por regla general, las perlas son redondas ó de forma de pera; constituye una excepción el que sean muy irregulares. Se presentan comúnmente sueltas dentro de la concha ú ostra perlera; algunas veces se las encuentra en el interior del cuerpo del molusco que en la concha vive; en otras ocasiones están pegadas á las paredes de ésta con tanta fuerza, que es necesario serrarlas para conseguir que se desprendan.

El color de las perlas suele ser blanco lechoso ó amarillo claro; las hay, sin embargo, color de oro, color de rosa, azules ó lila, y también se encuentran de un tono azulado obscuro, casi negro. Claro está que no abundan, ni mucho menos, las que tienen esos colores, y su precio es mayor. Las más usuales son las primeras, y entre ellas se prefiere á las que tienen la blancura de la leche, sin tono amarillento alguno, y éstas son indiscutiblemente las más bellas.

En Europa se han explotado bancos de ostras perleras en el lago Tay, en Escocia; pero donde se dan con mayor abundancia es en el golfo de Manaar (Ceilán), en la bahía de Condachy. Más importantes aún que los bancos de Ceilán son los de la isla Bahrein, en el golfo Pérsico, y antiguamente las hubo también en el golfo de Méjico y en las Antillas.

Las pesquerías de Manaar se componen en realidad de 14 bancos de ostras perleras, los cuales ocupan una extensión de unos 30 kilómetros.

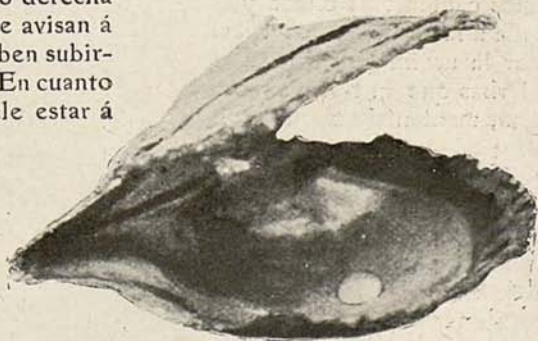
Cuando los holandeses tenían el exclusivo derecho de pesca en esos bancos, llegaron á agotarlos en fuerza de arrancar ostras antes de que se criaran las nuevas; pero los ingleses, que son ahora los dueños de esa fuente de riqueza, dando pruebas de su gran sentido práctico, han dividido el campo de pesca en siete zonas ó lotes y no permiten que se extraigan ostras del mismo sitio durante dos temporadas consecutivas; es decir, que establecen la veda por cierto tiempo, á fin de que el venero no se agote, con lo cual han conseguido regularizar bastante la producción.

En Ceilán la pesca tiene lugar desde Febrero á Abril y dura seis semanas en que, en realidad, sólo hay treinta días de trabajo.

En Bahrein hay dos temporadas: durante el mes de Junio una, y otra de Julio á Septiembre.

El sistema comúnmente empleado para pescar las perlas es el siguiente:

Salen las barcas á las diez de la noche, tripuladas por 10 remeros y 10 pescadores cada una, con objeto de llegar á los bancos á eso del amanecer. En cuanto hay luz del día comienzan á pescar sin interrupción hasta las doce, hora en que regresan para emprender de nuevo la faena al día siguiente. Establecen dos turnos de á cinco hombres, y éstos se echan al agua, tapándose las narices con la mano izquierda para que no les entre por ellas el agua, cogiendo con los dedos del pie derecho una cuerda á cuyo extremo está atada una piedra á fin de bajar rápidamente al fondo; en el pie izquierdo enganchan las mallas de una red, y con la mano derecha agarran la cuerda con que avisan á los de la barca cuando deben subirlos á la superficie del mar. En cuanto llegan al fondo, que suele estar á cuatro ó seis brazas, se pasan al cuello la red y se apresuran á recoger cuantas ostras pueden, metiéndolas en la red, y en seguida dan un tirón de la cuerda, avisando para que les suban á la barca.



LA MADREPERLA

Igual procedimiento emplean los pescadores de Bahrein, sólo que se cierran la nariz con unas pinzas de madera y se tapan los oídos con cera.

Por punto general, no pueden estar bajo el agua más de minuto y medio el que más, y hay buzo que baja 40 ó 50 veces en el día.

Esta faena es muy malsana, dándose el caso de que al volver á la superficie echen los pescadores de perlas sangre por la boca, por los oídos y por la nariz, y aun algunos caen víctimas de ataques de apoplejía.

JUAN ANTÓN

EL NARCISO

Según refiere la Mitología, era Narciso un joven dotado de tan perfecta hermosura, que al verle no había ninfa que dejara de amarle, ni ondina que no se le aficionara, ni hamadriade que no se rindiera al poder de sus encantos. De todas ellas se reía Narciso, porque, orgulloso de sí mismo, á ninguna la creía merecedora de su amor, pues ninguna, ni aun la ninfa Eco, le parecía bastante hermosa. Yendo un día nuestro héroe por un espeso bosque, harto ya de acosar ciervos y perseguir jabalíes, fué á beber agua á una fuente que de unas rocas nacía con apacible y rústico murmullo. Escondida ésta entre los recios troncos de unos centenarios olmos y hurtada á la vista de los rebaños por la urdimbre de unas altas hierbas que en torno suyo crecían, manteníase tersa y cristalina; así es que cuando Narciso se inclinó sobre ella para beber, vió con gran asombro que á través del tranquilo espejo le miraba, con sus ojos como luceros, la más hermosa mujer que había visto en toda su vida, mujer que no era más que su misma afeminada imagen reflejada por las aguas.

Verla y enamorarse fué todo uno. Como veía que, al beber, las aguas se movían y la querida imagen se afeaba, se quedó sin saciar su sed, y como al apartarse, la bella figura desaparecía también, allí permaneció como si hubiera echado



raíces en la orilla de la malhadada fuente, hasta que pasados algunos días vino á quedar muerto de extenuación, con la cabeza medio hundida en la linfa traidora.

Junto á él brillaban las aceradas flechas y el luciente carcaj, y un hermoso perro le miraba con sus melancólicos ojazos dando lastimeros aullidos...

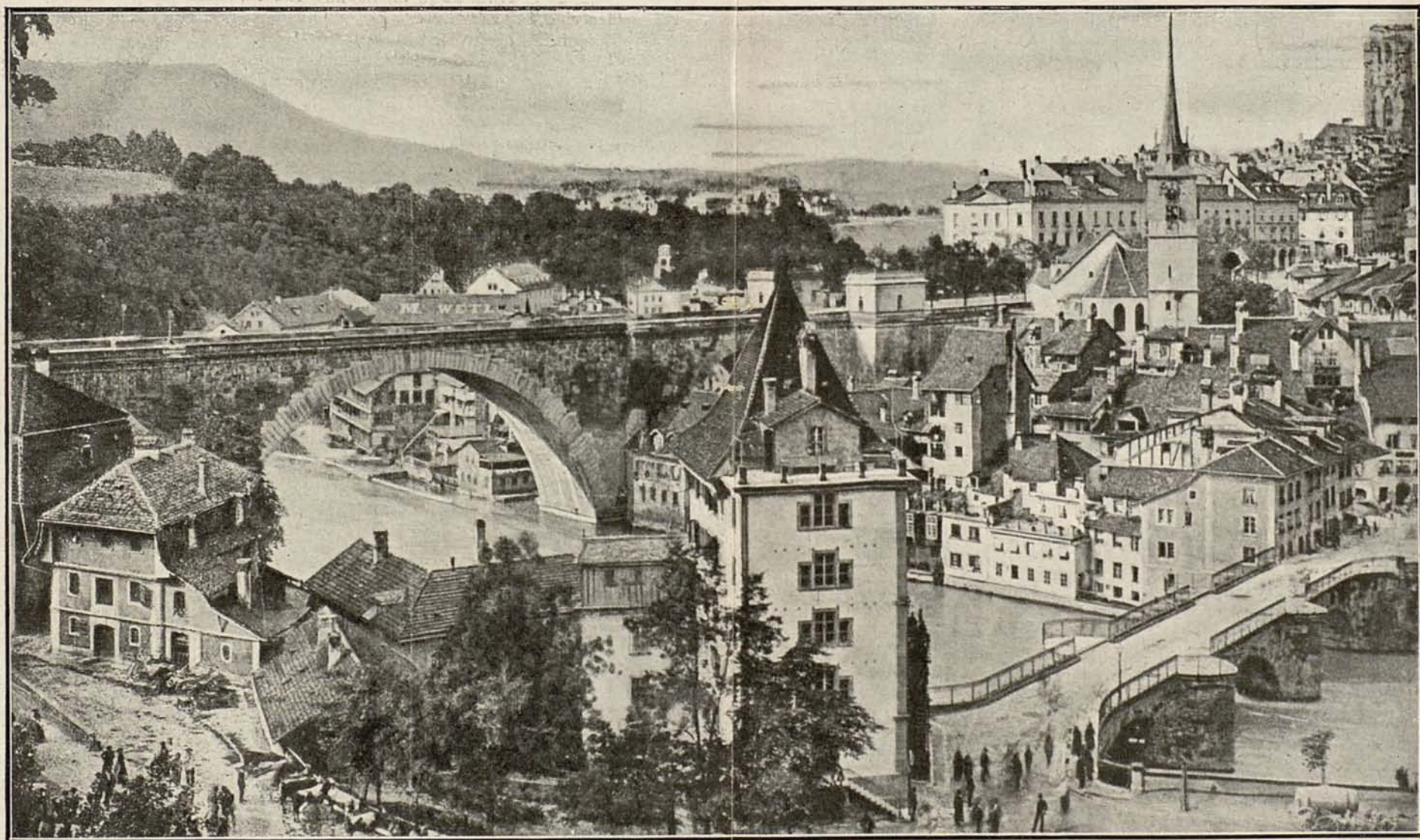
Cuando las ninfas habitadoras del bosque vieron muerto al desventurado y hermoso joven, desparramáronse por todas partes, y entre alaridos y extremos de dolor, procedieron, unas, á cortar las fúnebres antorchas; otras, á preparar la pira crematoria y todas á cortarse los cabellos, en memoria del hermoso Narciso. Dispuesto ya todo lo necesario para el entierro, acudieron á la fuente en triste procesión cantando lamentosos himnos y dando al aire las llameantes teas; pero al llegar al sitio donde estaba el cadáver, vieron que éste había desaparecido, convirtiéndose en una planta de largas, delgadas y puntiagudas hojas, en medio de las cuales y en la punta de un nudoso bohordo,



lucian sus frescos y blancos pétalos seis florecillas de delicioso y suave perfume que se miraban coquetas en el agua... Todas las ninfas se inclinaron para besarlas, y Eco, la más desdeñada por el difunto joven, dijo con alta y doliente voz:

—Hoy ha nacido esta planta que en todo tiempo ha de llamarse narciso...

José A. LUENGO.



BERNA

Capital del cantón de su nombre y de la Confederación Helvética, desde 1848 ocupa Berna una posición magnífica en una altura de 35 metros sobre el río Aar, que la rodea por tres de sus lados. Descúbrese desde allí en los días claros el hermoso panorama de las montañas nevadas del Oberland, distantes 30 kilómetros. Berna es una de las más bellas

ciudades europeas. Su principal monumento es la catedral, comenzada en 1421, de estilo gótico, y concluida el siglo pasado con la construcción de una torre de cien metros. El Ayuntamiento es del siglo xv, con fachada decorada con frescos. Los demás edificios importantes son de construcción moderna.

EL DESPERTAR DE BEBE



Me hace daño la luz de la ventana;
debe estar la mañana muy hermosa:
Voy á pedir á mi mamá una cosa:
que me lleve al Retiro una mañana



Si se convence de que tengo gana,
me pone el traje de color de rosa,
echo mano á cualquiera mariposa,
y hago un regalo espléndido á mi hermana



Pero ¿por qué no viene á darme el beso?
¿No se habrá levantado todavia?
¿Querrá dejarme en la camita preso?



¡No! ya siento sus pasos. ¡Virgen mía!
de todo me acordaba menos de eso
¡la esponja y el cacharro de agua fría!

SINESIO DELGADO.



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XXXI

Dios mío! ¡Dios mío! No sé cómo arreglarme. Pregunté un día á mamá:

—Dime, mamáita, ¿cuántos hijos tienes?

—¡Jesús, qué pregunta!—contestó.—¿No lo ves? Seis. Tres niñas y tres niños.

—¿Y has tenido casa siempre, con muebles y todo?

—¡Naturalmente!

—¿Y además sabes leer, y hacer cuentas, y coser, y tocar el piano, y la mar de cosas? ¡Qué atrocidad! Yo no sé cómo puedes hacer tantas cosas; porque, ¡cuidado que es difícil atender á todo!

—No es tan fácil como algunas personas creen—contestó.

—Pues mira, mamá—la dije,—dime cómo haré, porque me hace falta. Y que dice la *miss* que, como ya sé muy bien el francés, es preciso que empiece el inglés, y yo voy á tener un lío dentro de la cabeza, porque ya no me caben más cosas; y ¿cuándo voy á estudiar? Mis hermanas saben también muchas cosas, y tienen tiempo para todo, y hasta se asoman muchos ratos al balcón á reirse con aquellos muchachos á quienes tiré yo el almirez hace mucho tiempo...

—¡Niña!—dijo mamá un poco enfadada.

—¡Anda salero! ¿También es malo que diga eso?

—¡No, malo no—contestó mamá;—pero las niñas no deben ver ciertas cosas.

—¿No? Bueno, pues no te apures; cuando pase y las vea al balcón, las gritaré: «¡Niñas! ¡O quitaros del balcón ó taparme los ojos...!» Dime, mamá, ¿y tampoco debo ver que hacen *cosas raras* con las manos y que dice la cocinera que es que hablan así, haciendo letras?

—¡Piluca! Dime lo que deseabas preguntarme, y no te metas en lo que hacen tus hermanas.

—Está muy bien; si yo soy muy obediente... Lo que te quiero preguntar es cómo me arreglaré para tener tiempo para todo.

—Pues mira, *aprovechando los minutos*. Aún eres muy pequeña para comprender esto, nenita; pero recuerda siempre, toda tu vida, estas palabras, que entenderás muy bien cuando seas mayor: *Los céntimos forman duros; los minutos forman horas*; no deben malgastarse ni unos ni otros.

—¡Bueno! Lo recordaré, y me parece que lo entiendo un poquito.

Desde el día que hablé esto con mamá, tengo más tiempo para todo.

La *miss* me dijo:

—Mira, nena, puesto que te agrada guisar, y tu mamá te deja gastar lo que quieras, debes empezar á hacer cosas *serias*.

—¡Anda salero! ¡Como Luisito! ¡El va á estudiar cosas serias y yo á guisar lo mismo!

—Es que mira, niña—dijo la *miss*,—ni la vida se compone de cosas siempre alegres, ni las comidas de platos siempre dulces.

Y he aprendido á guisar una cosa *seria*, pero que tiene un nombre que me hace gracia; se llama *canutillos de carne*. ¡Mire usted que *canutillos*!

Se corta la carne (á mí me la cortó la cocinera) en hojas muy delgadas, y se aplastan después sobre la tabla para reblandecerlas y que queden muy igualitas.

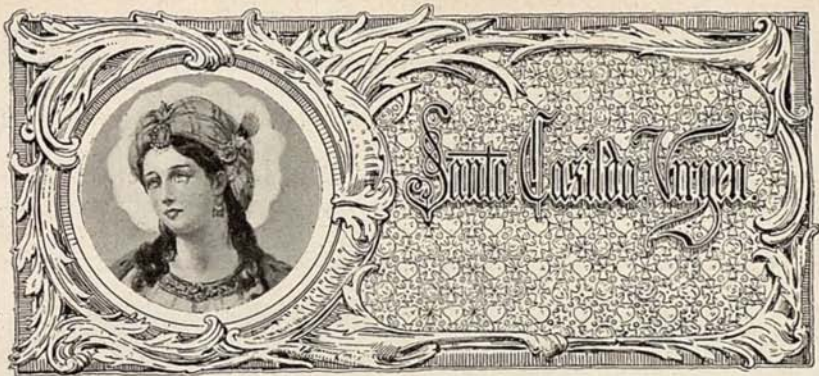
Se hace un picadillo con lo que se quiera. La *miss* me dijo riéndose que para que fuese completamente *serio* el guiso deben aprovecharse en él los sobrantes buenos para que resulte económico. Yo piqué lo que había quedado de pollo, jamón y ternera, en el almuerzo; al picadillo se le añade un poco de ajo y perejil. En cada lonjita de carne se pone un poco de picadillo, se arrolla la carne en forma de canuto y se ata con un hilo. Cuando ya están hechos los canutillos rellenos, se frien en aceite ó en manteca, se ponen en una cacerola y se les echa una salsa que se hace con ajo, perejil, harina ó pan tostado, y se deslíe con un poquito de caldo del puchero, y si no se tiene caldo, con agua. Se deja hervir un rato, se le echa un poquitín de sal y pueden servirse.

Quedan unos canutos tan preciosos, que, á pesar de ser muy *serios*, como dice la *miss*, á mí me dan muchas ganas de tocar la trompeta con ellos cuando están sólo fritos.

MARIA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid



Esta poética figura de la Princesa mora, en cuya alma prenden los sentimientos cristianos y cuyo corazón siente la compasión por los desgraciados con delicada ternura, tiene una altísima significación cristiana, que consiste, como dice una eximia escritora, en haber afirmado, con la ternura de su corazón de mujer, con la lástima que es bondad caldeada por el amor, las doctrinas más fecundas del Evangelio. En efecto, Santa Casilda no dedicaba su piedad á la gente de su raza, sino á los mismos enemigos que gemían en el cautiverio.

Era Casilda hija del Rey moro de Toledo, Al-Mamun, el que fué protegido de Fernando I y amparador y huésped de Alfonso VI. No pinta la historia á este Rey como perseguidor fanático de los cristianos, sino más bien como muy tolerante; pero el espíritu de la época hacía que los cautivos padeciesen muy malos tratos, y esto sucedía á los cristianos cautivos en Toledo.

Casilda, la hija del Rey moro, fué, con permiso de su padre, á tierra de cristianos en busca de salud y se convirtió á la religión del Crucificado.

Cuentan las historias de esta Santa, que desde su niñez sentía gran compasión por los cautivos, y que diariamente los visitaba para llevarles socorros y consuelos. Hacíalo á escondidas de su padre, y un día se encontró con éste cuando se dirigía á las mazmorras á llevar pan á los pobres cautivos.

—¿Qué llevas ahí oculto?—preguntó el Rey á su hija, y ésta entonces le contestó:

—Rosas de nuestros jardines.

Rosas eran, en efecto, del hermoso vergel de la caridad aquellos panes que la piadosa doncella llevaba á los desvalidos, y quizá en este figurado sentido lo dijo Casilda para disimular ante su padre; pero éste, no satisfecho de la contestación, quiso verlas, y entonces Dios hizo un milagro. Al desplegar la Princesa su falda, el pan se había convertido efectivamente en frescas y olorosas flores, como las más preciadas de los jardines del Alcázar.

Santa Casilda anhelaba recibir el bautismo, y consiguió sus vehe-

mentes deseos, cuando con objeto de recobrar la perdida salud fué á tierra de cristianos á bañarse en el lago de San Vicente, cerca de Burgos. Sana y bautizada, fundó una ermita á orillas de aquel lago, consagró á Dios su pureza é hizo vida penitente hasta el fin de su vida, que acabó á mediados del siglo xi.

La Princesa mora, de corazón compasivo, tuvo en el cristianismo más alta jerarquía, pues fué canonizada y como santa se venera en los altares.

De esta poética figura dice la ilustre escritora antes citada que en



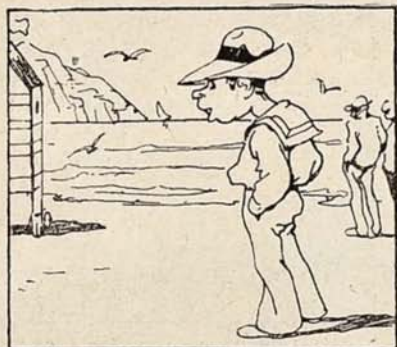
EL MILAGRO DE SANTA CASILDA, CUADRO DE NOGALES

ella encontramos simbolizada la idea cristiana en la Edad Media árabe, porque brota como lirio de pureza empapado en rocío de compasión, entre una raza sensual y en tiempos feroces y crueles. Su representación es la más opuesta al sentido del Koran, el Código de la religión musulmana, libro que, según la observación acertada del notable crítico moderno Mateo Arnold, no ha enseñado jamás á compadecer.

El milagro de las rosas de Santa Casilda ha inspirado al artista J. Nogales el cuadro cuya copia figura en esta página. La santa, dentro de la mazmorra de los cautivos, muestra á su padre las flores en que se han trocado los panes que traía ocultos.

El hecho de permitirle el Rey, su padre, ir á tierra de cristianos á buscar la perdida salud, y el más elocuente todavía de consentirla practicar la religión del Crucificado, que ya se había enseñoreado de su alma, hace presumir si el mismo Rey moro en lo íntimo de su conciencia sentía vacilar su fe musulmana.

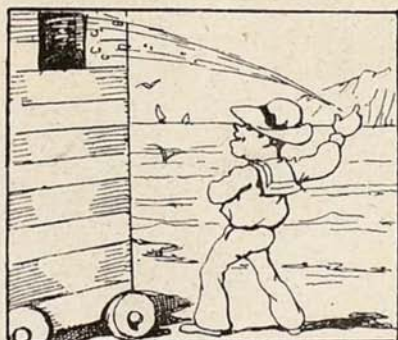
PEPIN EL TRAVIESO



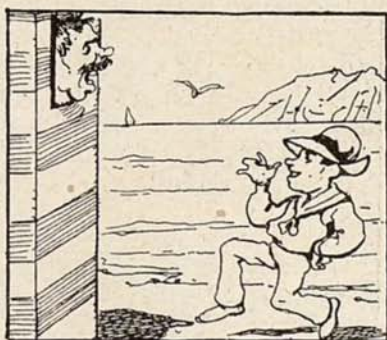
Al travieso Pepin le llevan á una playa, y él decide divertirse de firme y hacer de las suyas.



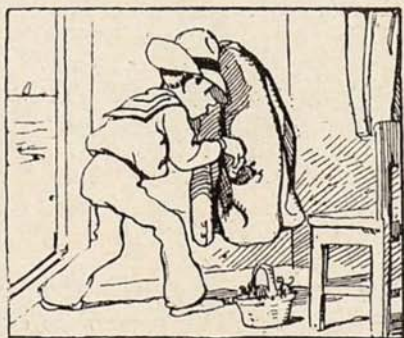
D. Anacleto entra en su caseta para prepararse y darse el baño de costumbre.



En cuanto Pepin calcula que está desnudo, empieza á tirarle por la ventanilla piedras y arena.



Y como el enfurecido D. Anacleto no podía salir, por su poca ropa, vió además que se le burlaba en sus narices.



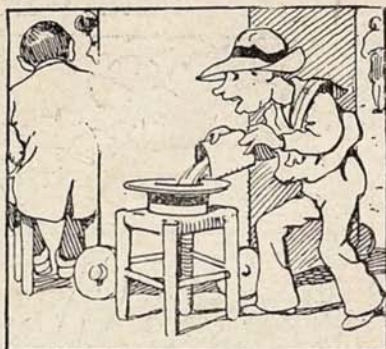
Mientras se baña D. Policarpo, entra en la caseta y le llena los bolsillos de la americana de cangrejos vivos.



Y cuando al ir el buen señor para su casa, quiere sacar la petaca, se le agarra uno y le da un disgusto.



En la caseta de doña Sinfrosa ata una cuerda, y al ir abrir la pobre señora, da en tierra con sus 90 kilos.



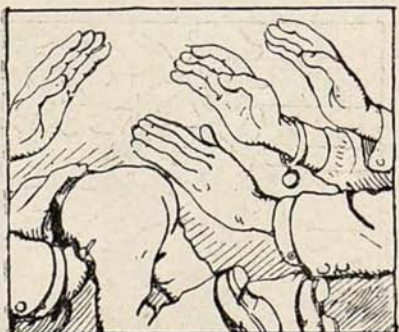
Mientras Mengáñez habla con la novia, le llena el sombrero de agua, y se relame esperando el resultado.



Que no pudo ser más ridículo, sobre todo, ante los ojos de su adorada y encantadora Julita.



Cansados de tanta burla y puestos de acuerdo los ofendidos, le esperan escondidos tras una caseta.



Agarrándole y dándole una tanda de azotes, á razón de unos 150 por segundo.



Bañado en llanto y con las manos en la parte dolorida, se arrepiente, y comprende que donde las dan las toman.